

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CIL.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, OCTUBRE 1º DE 1875.

{ NUM. 93.

EDUCACION DE FAMILIA.

En el primero y segundo año de la vida, ántes que el tierno niño tenga fuerzas para andar solo, y para no exigir una persona que vigile constantemente á su lado la educacion que ha de recibir, debe ser de familia.

Proporcionar esta educacion, se halla al alcance de todos, porque no tratándose todavía, por la corta edad del niño, de la instruccion intelectual, propiamente dicha, todo se reduce á los cuidados físicos que el niño requiere, y á la buena direccion moral que necesariamente reclama. Por lo tanto, esta importante educacion en el seno de la familia, nunca puede estar fuera del alcance de los padres, hermanos, y muy particularmente de las madres.

¡La madre! ¿Quién como ella puede ejercer mejor y más saludable influencia en el niño? Ella es la que despues de haberle prodigado sus primeras atenciones, ha recibido tambien sus primeros halagos, y ha observado los primeros destellos de la razon en aquel sér tan querido.

Las graves atenciones que distraen á los padres, y el cuidado de sostener la familia que sobre ellos gravita, no les dejan ejercer la misma influencia que

las madres, y aun dado caso que así sucediese, el tiempo les faltaria para ello; pero las madres, todo su tiempo lo consagran á los niños; en todas ocasiones las tienen á su lado: ellas les comunican las impresiones que han de ser indestructibles en el resto de la vida, y el entendimiento y el carácter de los niños, allí se forma por ellas y á vista de ellas.

La Providencia, pues, ha confiado á los padres de familia el cuidado de la primera educacion de sus hijos. A la madre, el cuidado de fortalecer su cuerpo, protegiendo su existencia con toda la prevision, con todo el celo que su amor es capaz de inspirar. Al padre, aquella severidad y firmeza que no están refidas con el cariño, y que son tan indispensables para dirigir al niño desde sus primeros años por la senda del bien, para reprimir los defectos nacies y para extirpar, en fin, el gérmen de cualidades vergonzosas que seria difícil, si no imposible, extirpar en lo sucesivo. A los hermanos, por último, corresponde inspirar aquel sentimiento afectuoso que estrecha los lazos de la familia y que tanto embellece sus inocentes juegos. ¡Dichosa la familia donde reina este sentimiento de fraternidad, y donde se halla reunido tan feliz conjunto de circunstancias!

Todo cuanto se puede decir respecto de la edu-

cacion familiar, se cifra en una cosa muy sencilla, en una regla que es de la mayor importancia observar. Lo que decide del porvenir de un niño; lo que forma la base de su carácter, es aquello á que se vá acostumbrando desde los primeros dias de su existencia; por consiguiente, la fuerza de la costumbre, ha de ser mas poderosa para él que todos los preceptos que en lo sucesivo se le impongan. Hé aquí por qué es de la mayor importancia *el prevenir los defectos, para no tener luego que corregirlos*, y esta es la sencilla regla de que depende el que el niño sea el consuelo de sus padres y grato á todas las personas que le rodean.

Tanto para precaver los defectos, como para extirparlos en el caso que lleguen á manifestarse, es indispensable que haya docilidad en el niño mas bien que se le haya acostumbrado á ella: sin este requisito es imposible dar una buena direccion á sus inclinaciones, precisamente en la época en que es mas fácil dirigirlas á la perfeccion. Guardémosnos de contrariar la naturaleza, de sofocar toda buena inclinacion que se manifieste, y fomentémosla, por el contrario, ántes que degeneren en vicio. Si fomentamos las buenas, en ese mismo hecho debilitamos ó extinguimos las perjudiciales.

LA NIEVE.

Como ya os lo indiqué en el número anterior, queridos niños, despues de haber hablado del rocío, Enrique y su madre continuaron su paseo.

Era aquella mañana verdaderamente hermosa, pues ni la mas ligera nubecilla empañaba el azul del cielo. Así es que estando el horizonte tan despejado, podian distinguirse perfectamente los elevados y blancos picachos de *Monseny*.

Enrique, que era muy curioso, como generalmente lo sois todos los niños, por otra parte sentia una decidida afición á aprender cosas nuevas y no pudo ménos que preguntar á su madre:

—Diga vd., mamá, ¿cómo es que las cumbres del *Monseny* están hoy del todo blancas?

—¡Calle!.... pues no presumes el motivo? contestó la madre.

—Es verdad que sí, pues supongo que será porquese hallan cubiertas de nieve; pero, ¿por qué causa habrá caído allí, y aquí en la villa no? Esto no deja de ser extraño.

—Y sin embargo no lo es, Enrique. Antes al contrario, es sumamente natural que haya nevado en el *Monseny*, y aquí entre nosotros, no.

—Pero yo no comprendo.

—Atiende, Enrique, y voy á explicártelo; pero ántes dime: ¿sabes lo que es la nieve?

—Sí, mamá, es agua helada. Pero no sé de dónde puede venir.

—Es muy sencillo. Tú sabes ya cómo se forman las nubes y como éstas se disuelven en lluvia. Pues bien; las gotitas de agua que forman la lluvia, muchas veces se congelan al caer, por efecto de que encuentran el aire de la atmósfera sumamente frio. Entónces en lugar de llover, nieva. Y como generalmente ese extremado frio se siente más en las montañas que en las grandes llanuras, de aquí que lo que en ellas es nieve, sea entre nosotros simplemente lluvia.

—Ahora ya lo comprendo, mamá. Pero dígame vd. ¿tambien la nieve es beneficiosa?

—Y tanto como lo es, hijo mio. ¿Qué sería de nosotros si no fuese la nieve? Nos moriríamos de sed, Enrique, pues en ninguna parte encontraríamos ni fuentes, ni arroyos, ni rios.

—¿Pero no recuerda vd., mamá, que me dijo que para esto basta la lluvia?

—Poquito á poco, Enrique. La lluvia contribuye á que haya fuentes y rios, pero ella por sí sola no basta. Y la razon es clara. Las aguas procedentes de las lluvias, como que caen con precipitacion, pronto se pierden y no tardan en ir á parar al mar, al paso que las nieves, depositándose en grandes cantidades en las más altas montañas, van derriéndose paulatinamente dando tiempo para que el agua se filtre, es decir, para que se introduzca por dentro de la tierra, y para que corriendo por larguísimos conductos que encuentra abiertos en el interior de la misma, vaya á salir á grandes distancias, produciendo las fuentes naturales. Sin las nieves de las montañas estas fuentes naturales no existirían, y como ellas dan origen á los rios, tampoco habria rios.

—Es decir, que apénas encontraríamos agua en ninguna parte.

—En efecto; apénas la encontraríamos. Observa por lo mismo, Enrique, la gran bondad y sabiduría de Dios nuestro Señor, y no te canses jamás de darle gracias por los inmensos beneficios que nos dispensa.

—Oh sí, mamá, yo le daré gracias á nuestro buen Dios por lo mucho que nos quiere.

Dicho esto, Enrique y su madre apresuraron el paso para llegar pronto á la Iglesia, pues tocaban á misa y aun estaba algo distante.

Despues de haberla oido con devocion, regresaron á su casa, y el niño, muy contento del paseo que habia dado aquella mañana y de la oracion que rezó á Dios nuestro Señor, dándole gracias por lo mucho que ama á los hombres, tomó los libros, despues de haber almorzado, y con el permiso de su madre se fué á la escuela.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO IV.

DE LA MESA.

SECCION PRIMERA.

De la mesa en general.

I

La mesa es uno de los lugares donde mas clara y prontamente se revela el grado de educacion y de cultura de una persona, por cuanto son tantas y de naturaleza tan severa, y sobre todo tan fáciles de quebrantarse, las reglas y las prohibiciones á que está sometida.

II

Segun esto, jamás llegará á ser excesivo el cuidado que pongamos en el modo de conducirnos en la mesa, manifestando en todos nuestros actos aquella delicadeza, moderacion y compostura que distinguen siempre en ella al hombre verdaderamente fino.

III

Es importante advertir, ántes de entrar en el pormenor de las reglas de esta seccion, que la mayor parte de los excesos y desaciertos en que suele incurrirse en las reuniones de mesa, aun por personas bajo otros respectos recomendables, tienen origen en los hábitos que hace contraer el gravísimo error de pensar, que en la mesa privada ó de familia puede usarse de una amplia é ilimitada libertad. Tan absurda creencia conduce á prescindir de una multitud de reglas que, estando fundadas en los principios inalterables de la delicadeza, la propiedad y el decoro, pertenecen indudablemente á la etiqueta general y absoluta (§§. VII y VIII, cap. 1º), y hace sacrificar á cada paso la belleza, la dignidad y la elegancia, á una comodidad que no acierta nunca á concebir el que ha llegado á acostumbrarse á proceder en todas ocasiones conforme á los preceptos de la urbanidad.

IV

Las costumbres domésticas (§ I, art. VII cap. 3º), á fuerza de la diaria y constante repeticion de unos mismos actos, llegan á adquirir sobre el hombre un imperio de todo punto irresistible, que le domina siempre, que se sobrepone al conocimiento especulativo de sus deberes, que forma al fin en él una segunda voluntad y le somete á movimientos puramente maquinales; y así, cuando hemos contraído hábitos malos en la manera de manejarnos en nuestra propia mesa, es imposible que dejemos de deslucirnos en una mesa extraña, por grande que sea el cuidado que pongamos entónces en aplicar unas reglas que no nos son familiares, y que por el contrario estamos acostumbrados á quebrantar diariamente.

V

Es, pues, indispensable que contraigamos el hábito de observar en nuestra mesa privada las reglas de urbanidad, así porque nuestra familia es acreedora á las mismas consideraciones que debemos siempre en la mesa á los extraños, como porque sin este hábito no podremos proceder en los banquetes con aquella naturalidad y aquel despejo que aparecen siempre en las maneras del hombre culto. En cuanto al desahogo que nos permite la íntima confianza que tenemos con nuestra propia familia, él se revela, entre la gente fina, en ligeros é imperceptibles rasgos de nuestro continente y de nuestra conducta, que no pueden explicarse, y que pertenecen á las excepciones y diferencias que sabe siempre establecer un sano criterio.

VI

No tomemos nunca asiento en la mesa ántes que lo hayan hecho nuestros padres, ó cualesquiera otra persona de mayor respetabilidad que nosotros de quienes estemos acompañados.

VII

La regla anterior no tiene aplicacion en posadas públicas, donde cada cual toma asiento en la mesa desde el momento en que llega. Mas cuando, mediante una invitacion especial, vayamos á comer á ellas en compañía de amigos nuestros, no es solo aquella regla la que debemos observar, sino todas las demás relativas á los banquetes, con las modificaciones que sean propias del carácter mas ó ménos sério de la reunion; teniendo presente que entónces la persona que ha convidado debe proceder bajo todos respectos, y ser considerada por los demás como si estuviese en su propia casa.

VIII

Situémonos á una distancia conveniente de la mesa, de manera que no quedemos ni muy próximos ni muy separados, y demos á nuestro cuerpo una actitud en que aparezcan combinadas la naturalidad y la elegancia, sin inclinarnos hácia adelante mas de lo que sea absolutamente indispensable para comer con comodidad y aseo.

IX

No apoyemos nunca en la mesa todo el antebrazo, y en ningun caso pongamos sobre ella los codos. Y téngase presente que es un acto que manifiesta poca cultura, y que al mismo tiempo comunica al cuerpo un aire inelegante y tosco, el dejar caer sobre las piernas una mano, ocultándola así de la vista de los demás, en tanto que se está haciendo uso de la otra para comer ó beber.

X

No nos reclinemos en el respaldo de nuestro asiento, ni nos apoyemos en el de los asientos de las personas que tengamos á nuestro lado, ni toquemos á éstas sus brazos con los nuestros, ni estiremos las piernas, ni ejecutemos, en fin, otros movimientos que aquellos que sean naturales y absolutamente imprescindibles. El acto de levantar los codos al dividir con el cuchillo la comida que se tiene en el plato, ó al tomarla con el tenedor para llevarla á la boca, es singularmente característico de las personas mal educadas.

XI

Jamás nos pongamos de pié, ni extendamos el brazo por delante de una persona ó hácia las que se encuentren en el lado opuesto, con el objeto de alcanzar algo que esté distante de nosotros, ó de tomar ó pasar un plato ó cualquiera otra cosa. Valgámonos en todos los casos de los sirvientes, ó de las personas que se encuentren á nuestro lado, cuando éstas tengan muy á la mano lo que necesitamos.

XII

Cada uno de los instrumentos y utensilios de que nos servimos en la mesa, tiene su manera peculiar de manejarse; y es observacion que no debe omitirse, que las faltas en este punto, de tan poca entidad real, son sin embargo características de las personas mal educadas.

XIII

El cuchillo y el tenedor se toman empuñando el mango con los tres últimos dedos, y adhiriendo á éste el pulgar por el lado interior y el índice por encima, el segundo de los cuales debe quedar mas avanzado que el primero, sin que se lleve nunca en el cuchillo mas allá del principio de la hoja, ni en el tenedor hasta acercarlo á la raíz de los dientes.

XIV

La cuchara se toma del modo siguiente: vuelta la palma de la mano hácia adentro y un tanto hácia arriba, y manteniendo los tres últimos dedos algo recogidos, se hace descansar la cuchara en el dedo

cordial: el índice se recoge hasta quedar adherido al canto del mango; y el pulgar cae por último sobre el extremo del mango, pisándolo con la fuerza que sea indispensable para que la cuchara quede enteramente sujeta.

XV

El vaso se toma por la parte mas inmediata á su base, con los dedos índice, cordial y anular todos unidos por el lado del frente, y el pulgar por el lado interior; recogiendo el meñique de manera que no quede demasiado separado del anular, y dejando el mayor espacio posible entre la superficie del vaso y la palma de la mano.

XVI

Una copa se toma por la columnilla que une el pié á la parte cóncava, con los dedos índice y cordial por el lado del frente, y el pulgar por el lado interior, y recogiendo los dos últimos dedos sin que lleguen á tocar la palma de la mano.

XVII

Una botella se toma por el centro de su parte mas ancha, con los cuatro últimos dedos á la derecha, y el pulgar á la izquierda; siendo de advertir que cuando la botella haya de manejarse con la mano izquierda, los dedos tendrán naturalmente una situación inversa, es decir, que los cuatro últimos dedos quedarán á la izquierda y el pulgar á la derecha.

XVIII

Cuando no podamos tomar cómodamente la botella de la manera indicada en el párrafo anterior, y tengamos por tanto que tomarla por el cuello, pongamos un especial cuidado en alejar los dedos del extremo superior de éste cuanto nos sea posible.

XIX

La cuchara y el cuchillo se manejan invariablemente con la mano derecha; mas en cuanto al tenedor, tan solo podrá manejarse con la derecha, cuando se tomen comidas que no necesiten ser divididas con el cuchillo.

XX

Suele usarse, al tomar del plato la comida con el tenedor en la mano derecha, auxiliar éste con la otra mano por medio de un pequeño pedazo de pan; pero téngase presente que este acto produce siempre una impresión muy desagradable á la vista. En los casos en que no sea bastante el solo tenedor para tomar la comida, abstengámonos de pasarlo á la derecha y auxiliémonos con el cuchillo.

XXI

El uso de la cuchara y el tenedor está siempre indicado por el contenido de cada plato, puesto que natural y necesariamente habremos de servirnos de aquella para tomar los líquidos, y toda comida que no pueda fácilmente llevarse á la boca con el tenedor, quedando éste por consiguiente destinado para todos los demás casos. Pero suele verse empleada la cuchara para tomar comidas que evidentemente pueden tomarse con el tenedor, y conviene por tanto advertir que este es un abuso enteramente contrario á la propiedad y á la etiqueta de la mesa.

XXII

No incurramos nunca en la grave falta de llevar el cuchillo á la boca: éste no tiene en general otro uso que el de dividir y servir las comidas sólidas con el auxilio del tenedor, y el de subdividir de la misma manera la parte de estas comidas que viene á nuestro plato.

XXIII

Respecto del tenedor y la cuchara, no introduciremos en la boca sino aquella parte que es absolutamente indispensable para tomar la comida con comodidad y aseo; teniendo el cuidado de que estos instrumentos no se rocen jamás con nuestros dientes, lo cual produce un ruido sumamente desagradable y chocante.

XIV

El tenedor se lleva á la boca por su extremo, dirigiéndolo á ella oblicuamente; y la cuchara por su lado interior, de manera que quede paralela á ella, ó dándole tambien alguna oblicuidad, cuando ella sea enteramente indispensable.

XXV

Jamás hagamos variar de puesto el pan, que se coloca siempre á la izquierda, ni los vasos, las copas y las tazas, que se colocan siempre á la derecha.

XXVI

El pan viene á la mesa en pequeños pedazos ó rebanadas; y para ir tomando la parte que hayamos de llevar á la boca, asiremos el pan con la mano izquierda y lo dividiremos con la derecha, sin emplear para ello el cuchillo y sin separar jamás la miga de la corteza. El ejecutar esta operación con el cuchillo, ó con solo la mano izquierda apoyando el pan en la mesa, es enteramente impropio de la gente bien educada. *

XXVII

Al partir el pan, situemos las manos de manera que las migajas que en este acto se desprenden, caigan siempre dentro del plato en que estemos comiendo.

XXVIII

Jamás separemos de una rebanada de pan, de un bizcochuelo, etc., una parte mayor que la que de una vez hayamos de tomar en la boca. Es tan solo propio de gentes mal educadas, el introducir en el café, en el chocolate, ó en cualquier otro líquido, lo que ya se ha llevado á la boca, por mas natural que parezca esta libertad respecto de una taza ó de un vaso que otro no vá á usar. **

(Continuará.)

La carpa y sus hijuelos.

(FABULA.)

Cuenta, hijos míos, decía
Una carpa á sus hijuelos,
Con no llegaros jamás
A la orilla, pues hay riesgo
De que caigais en las redes,
O que tragueis los anzuelos.
Pues señor, críticamente
Dábales este consejo
A tiempo que el mes de Abril
Venía con mucho estruendo
Deshelando las montañas,
Por dar en rostro al Enero:
De modo que por instantes
Iban los rios creciendo
Y saliéndose de madre.
Mis carpillas que tal vieron,
—¡Que si quieres! exclamaron:
¿Que en el fondo nos estemos
Quietecitas? ¿eh? ¡Ya baja!
Con que cuando están cubiertos
Los árboles, y tan solo
Divisamos agua y cielo;
Cuando señoras del mundo
En este instante nos vemos,
¿Viviremos aquí
Encerradas? Ni por pienso.
—A correr cortes, muchachas,
Que bien pronto volveremos
A dar á nuestra mamá
Noticias del mundo entero.
En vano la sabia carpa
Las vuelve á pintar de nuevo

* Donde se acostumbra comer pan de maíz, el cual se pone en la mesa en piezas indivisas, debe tenerse presente que es un acto vulgarísimo el dividir éstas con el cuchillo.

** Es verdad que el tenedor y la cuchara se llevan á lo que se está comiendo ó bebiendo despues de haberse llevado á la boca; pero esto es inevitable, y la urbanidad, si bien tiene que ceder á lo imposible, aprovecha siempre todo lo que es posible en favor de la propiedad y el aseo, así como en favor de todos los demás principios que la constituyen.

Los peligros de aquel viaje.
No, señor: ¿quién dijo miedo?
Todas del rio en tropel
Se salen con gran contento,
Y á poquísimos instantes
Se retiran á su centro
Las aguas: hé aquí en un punto
A las loquillas en seco,
Y en otro presas y fritas.
¿Y por qué? ¿quieren saberlo?
Por presumir de mas sábias
Que su madre, lo primero,
Y por quererse salir
De su esfera.... ese es el cuento;
Y cuento, á fé, que á infinitos
Sé yo que les viene á pelo.

LOS JUEGOS.

EL SUSTO.

Aun no se habia decidido qué clase de distracción ocuparía á la tertulia en una de sus noches, y los niños agrupados discutian el juego que habian de elegir, cuando oyeron repentinamente gritos y penetrantes chillidos. Conocieron al instante la voz de Juanito, y advirtiendo al mismo tiempo que faltaba de en medio de ellos, no dudaron que era el autor de aquella algazara. Los gritos salian de una pieza contigua, que comunicaba por un pasillo con la que ellos tenian para sus juegos; y como estaban á oscuras pieza y pasillo, las niñas no se atrevieron á ir allá, y aun los niños permanecieron un momento indecisos. José fué quien tomó una luz, y diciendo: ¡Es Juanito!.... seguidme, se encaminó al sitio de la bulla, á donde todos le siguieron, primero los niños y luego las niñas.

Hallábase Juanito, pálido, lloroso y acurrucado en un rincon, del que no se atrevia á salir.

—¿Qué es eso?.... ¿qué tienes?.... ¿qué te ha sucedido?

Al tropel de preguntas con que le abrumaban, solo contestó muy azorado:

Juanito.—No sé. Tengo mucho miedo.

Rafael.—¿Y á quién?

Rita.—¿No estamos aquí todos?

Juanito.—Ya; pero si vosotros supiérais.

José.—Acaba de una vez. ¿Qué te han hecho?

Juanito.—Nada; pero habia aquí un duende.

José.—¿Cómo! ¡Un duende!

Juanito.—Con los ojos ardiendo como pajuelas.

Pablo.—¿Será posible?

José.—Vaya una bobería, ¿y por eso nos asustas?

Rita.—¡Miren vdes. el niño, que tiene miedo al coco!

Juanito.—¡Sí, sí, como vosotros no le habeis visto! Y si no allí está aquella silla tendida en el suelo, que él la dejó caer, saltando en ella desde esa mesa, y luego escapando yo no sé por dónde, bramando como un toro.

Victoria.—Apostaría yo que el duende que ha visto este señorito ha sido mi gatita Linda, que salió corriendo de este cuarto, apenas empezaron los gritos.

José.—Y no ha sido otra cosa. Y las pajuelas que han alumbrado á éste son los ojos de los gatos que brillan en la oscuridad.

Pablo.—¡Para que vean vdes. lo que es el miedo!

Rafael.—Vamos, cobarde, vente á jugar y déjate de sustos. Como padre lo supiera, bien se reiría de tí.

Entre las chanzas de los unos y las burlas de los otros, se llevaron á Juanito á la pieza de recreación, donde todavía no daba muestras de estar muy tranquilo, ni los otros podian olvidar el suceso reciente. José, viendo cuan dispuestos estaban á escucharle, procuró sacar partido de la ocurrencia, diciéndoles:

—Vergüenza dá que haya niños que tengan miedo á los duendes, que no se atrevan á ir solos de noche, y ménos á estar en un cuarto oscuro, todo á pretesto del falso temor que les han infundido con

cuentos extravagantes ó que solo existe en su imaginacion acalorada por el miedo de estas pretendidas apariciones. Un pusilánime será toda su vida el niño víctima de esta preocupacion, al paso que el que se haga superior á ella, será luego hombre de espíritu y corazon, como lo fué Felipe Augusto que con tanta gloria ocupó el trono de Francia.

A la edad de catorce años se perdió un día en la selva de Compiègne, sin que pudiese volver á encontrar su camino. Sobrevino la noche, y el príncipe, errante á la aventura en medio de los bosques, se veía precisado á pasar la noche debajo de un árbol ó andar de aquí para allá hasta que fuese de día; mas como hacia mucho frio y la noche estaba oscura, se decidió á seguir caminando por ver si encontraba alguna salida. Hacia las cuatro de la mañana vió á lo lejos una negra y horrible figura, llevando un brasero en el que soplaban con gestos espantosos para atizar la llama. Otro niño cobarde hubiera temblado de piés á cabeza á este aspecto; pero el príncipe, sabiendo que con la ayuda de Dios nada habia que temer, avanzó intrépidamente hacia aquella vision. Era un carbonero que iba á empezar su trabajo..... El príncipe se dió á conocer y se sirvió de él para que le guiase hasta el castillo.

—Si hubiera sido tan necio, concluyó José, que se hubiera acobardado, toda la noche la habria pasado en el bosque y aun mas tiempo tal vez.

EL ESCONDITE.

El juego del *escondite* á que tanta afición tienen los niños por los muchos lances que ofrece, se ejecuta mejor y con mas diversion en algun jardin que en los interiores de las habitaciones. Allí pueden dar los niños esas carreras al aire libre, que tan provechosas son para su salud y para que les salgan buenos colores á la cara. Allí puede lucirse, así la ligereza de los que huyen por no ser cogidos, como la del que los persigue, ó como vulgarmente se dice, *del que se queda*.

Porque en este juego, como vosotros sabeis, amigos míos, hay un punto de reunion que se llama *la madre*, desde el que todos los jugadores parten á esconderse, excepto uno, es decir, *el que se queda*, que permanece allí hasta que al oír la voz de *¡vengan!* parte en busca de los escondidos, apurando su ingenio para encontrar la madriguera. Si no logra atrapar á ninguno, dá lugar á que vuelvan al punto de reunion, buscándole las vueltas, y lanzan regocijados el grito de:

—¡Hijitos, á la madre!

Entonces no le queda mas recurso, que empezar una y otra vez su penosa tarea, que pronto acaba con su paciencia.

Por supuesto que vosotros habreis jugado muchas veces al escondite, y aun os acordareis de los estropicios que habeis hecho. ¡Desgraciada la habitacion donde los niños se abandonan á este juego! Todo lo invaden: no escrupulizan el meterse detrás de las cortinas, debajo de las mesas y de las camas, ni reparan si al correr echan á rodar algun mueble de valor. Por eso las amas de casa, tienen buen cuidado de exceptuar de las diversiones de los niños, aquellas piezas que tienen arregladas con mayor esmero. Fuera de este espacio limitado, todo lo demás de la casa es campo de sus correrías, y así trepan á algun desvan como se agazapan en la carbonera.

Los niños que componian nuestra tertulia, dispusieron un día jugar al escondite. Ya hacia buen rato que estaban jugando, cuando notaron que Eduardo, el mas joven de los niños, no volvia al punto de reunion, cuando alguno de los jugadores era cogido. Como esta era una infraccion de las reglas del juego, empezaron á llamarle.

—¡Eduardo..... Eduardo!.....

Pero no respondia. Fueron á buscarle por toda la casa, pero nada, ni por esas: nadie pudo encontrar su madriguera.

—Habrá encontrado tan buen escondite, que no quiere salir de él porque no le pillen.

Así decian los niños, y como les sabia mal suspender su juego, le continuaron diciendo de Eduardo:

—El parecerá.

Por otra parte, aquel chico estaba tan gordo y era por lo tanto tan poco aficionado á correr, que por no menearse creyeron que no queria salir del escondite.

Acabóse al fin el juego, y Eduardo no parecia: entonces todos entraron en cuidado, buscándole solícitos por toda la casa.

Vosotros, como es natural, querreis saber dónde se hallaba Eduardo entre tanto. Pues bien, os lo voy á contar:

Eduardo, en una de sus excursiones para esconderse, se habia escurrido bonitamente á la cocina, solo por ver si se encontraba abierta la puerta de la despensa, á la que hacia frecuentes visitas. Era goloso y gloton en extremo: así es, que arrastrado por este vicio, mientras los demás niños se entregaban á los juegos propios de su edad, Eduardo no pensaba mas que en satisfacer su propension á las golosinas.

Por una casualidad de aquellas que él tanto buscaba, halló abierta la puerta de la despensa, y abalanzándose ansioso, arrió una silla á la alacena de repuesto, y trepando encima de ella, empezó á engullir cuanto hallaba á la mano, con la presteza que el caso exigia.

Mientras se hallaba entretenido en tan sabrosa faena, acordóse el cocinero de que se habia dejado abierta la despensa y fué allá para echar la llave, que guardó en su bolsillo. No se le ocurrió mirar á dentro, ni Eduardo sintió el ruido del pestillo, por que era mayor el que producian sus mandíbulas.

Esta era la causa porque Eduardo no asistia al juego, y por la que le andaban buscando por toda la casa. Despues de haberla registrado toda de arriba á abajo, solo faltaba mirar la despensa, y el cocinero fué á abrirla por mandado de sus amos.

—Aquí está, aquí está el raton que se comia mis provisiones! exclamó el hombre sumamente gozoso por ver descubierto el autor de un desfalco, por el que varias veces le habian reconvenido. De esta manera recobró su crédito aquel honrado servidor, y quedó patente la falta vergonzosa de Eduardo. A éste pudieron servirle de castigo las risotadas y rechiflas de sus compañeros, las palabras algo mas severas de su papá, y una buena indisposicion que le tuvo algunos dias en cama de resultas del hartazgo.

LA DEUDA.

Fácilmente comprendereis, amados míos, que el *Abuelito* no dejaria sin contestacion la última pregunta de sus nietos.

En compañía de aquel se hallaban, cuando les dijo:

Abuelito.—Tengo una deuda con vosotros, hijos míos. Recuerdo que hace muchos dias me preguntásteis: «Y cuando se muere nuestro cuerpo, ¿qué se hace nuestra alma?»

Niños.—Hubiéramos molestado á vd.; pero como le veíamos tan ocupado.....

Abuelito.—Es hora ya de que satisfaga vuestra curiosidad. Sabeis, hijos míos, que cuando alguno se muere, recibe de Dios el premio ó el castigo que merece.

Niños.—¡Vaya si lo sabemos! Pero, oiga usted, *Abuelito*; los premios y castigos dados por Dios Nuestro Señor no serán como los que mamá nos dá en casa y los maestros en las escuelas.

Abuelito.—No, hijos míos, no: Dios premia las almas de los buenos llevándolas al cielo; y castiga con el infierno las almas de los malos.

Niños.—Díganos vd. algo sobre el cielo y sobre el infierno, *Abuelito*.

Abuelito.—El cielo, hijos míos, es un lugar destinado por Dios para que las almas de los buenos gocen eternamente ante su divina presencia, acompañadas de los ángeles y de los santos.

Niños.—Deben estar allí muy bien.

Abuelito.—Ah! hijos míos! No puede haber dicha mayor que la que gozan las almas en el cielo.

Niños.—En el infierno, pues, no sucederá lo mismo.

Abuelito.—Todo lo contrario. Las almas que van

allí padecen atrozmente, y nunca ven á Dios Nuestro Señor.

Niños.—¿Dice vd. que padecen mucho?

Abuelito.—Padecen más, hijos míos, muchísimo más que padeceríais vosotros si ahora os echasen en medio de una hoguera.

Niños.—Calle vd., calle vd., *Abuelito*; que nos dá miedo solamente el pensarlo. ¿Y están allí las almas mucho tiempo?

Abuelito.—Siempre! Siempre!

Niños.—Quiere decir, que no hay remedio alguno; que si somos buenos alcanzaremos la gloria, y que si somos malos, habremos de condenarnos.

Abuelito.—Tambien pueden ir nuestras almas al purgatorio, en donde se satisface á Dios lo que se debe por los pecados cometidos cuando éstos no son graves.

Niños.—¿Y en el purgatorio se padece?

Abuelito.—Se padece, hijos míos, igual que en el infierno.

Niños.—Siendo así.....

Abuelito.—Adivino lo que íbais á decirme. Aun cuando en el purgatorio se padezcan iguales penas que en el infierno, hay una gran diferencia.

Niños.—¿Qué diferencia hay, *Abuelito*?

Abuelito.—La de que así como las penas del infierno jamás se acaban, las del purgatorio concluyen tan pronto como las almas han padecido lo que por sus pecados merecian, y entonces van al cielo.

Niños.—¡No es pequeña la diferencia! Malo es haber de padecer; pero yendo al purgatorio, se podrá ver algun dia á Dios Nuestro Señor.

Abuelito.—No sucede así, hijos míos, ni á los condenados, ni á las almas de esos niños pequeñitos que se mueren ántes de ser bautizados.

Niños.—¿Tampoco van al cielo las almas de éstos?

Abuelito.—No, hijos míos. Ya sabeis que todos nacemos con el pecado llamado *original*, cometido por Adán y Eva.....

Niños.—Sí, señor; ya lo sabemos, ya.

Abuelito.—Ese pecado se perdona cuando se nos bautiza; y el que muere con él, no puede ver á Dios nunca.

Niños.—¿A dónde van, pues, las almas de los niños que se mueren sin que se les haya bautizado?

Abuelito.—Al limbo; allí están privadas de ver á Dios.

Niños.—Vamos, *Abuelito*, que para elegir entre el cielo, el infierno, el purgatorio y el limbo, no debemos titubear.

Abuelito.—Ciertamente, hijos míos: cumplid siempre vuestras obligaciones de buenos cristianos; sed fieles observadores de la santa ley de Dios, y conseguireis el premio eterno de la gloria.

Desde hoy comenzaré á contaros algunas historias muy bonitas, y por ellas podreis conocer que desde el principio del mundo ha premiado Dios Nuestro Señor la virtud, y ha castigado el vicio.

Niños.—Cuando vd. quiera, *Abuelito*. Puede vd. estar seguro de que le oiremos con mucho gusto.

Los dos calvos.

(FABULA.)

Dos calvos en una esquina
Llegaron á un tiempo á ver
Medio peine; y con mohina,
Sobre quién le ha de coger
Se enzarzó una cachetina.
Pero el que de ellos ganó
La alhaja por que lidiaban,
En la batalla perdió,
Segun despues se observó
Los pelos que le quedaban.
¿A qué tan necios porfian?
¿Qué disculpa nos darán?
¿Por qué el triunfo pretendian?
¿Para qué el peine querian
Si calvos los dos están?

RESOLUCION DE LOS PROBLEMAS INSERTOS EN EL
NUMERO ANTERIOR.

ARITMÉTICA.

1º 1,538 árboles.